

había retirado con Dios, con aquella apacibilidad que nunca perdió, se dio de lleno al apostolado de hacer comprender a las almas que debían ser perfectas. En Segovia cuando bajaba de su cueva se hallaba tan endiosado que tenía que darse con los nudillos para atender a lo que decían junto a sí. Por aquel entonces bajaban a que les explicase el Santo los Salmos unas jovencillas aturdientes y con calor lo hacía y tan divinamente las encendía el corazón, que según he leído, salieron todas con vocación religiosa. Sobre ella tenía un concepto tan elevado que decía “no hay cosa tan grande como un alma consagrada a Dios”.

Es decir como el alma que vive el espíritu de su religión. De ahí que quería a sus carmelitas pobres y humildes, recogidas con su Dios. Pues precisamente es con esas con quien suele hacer Dios sus maravillas, cuando, donde y como quiere. Y es el Santo como experimentaba él en sí, ese gozo del Salmo que me ha servido de testo: **“Sea mi alabanza agradable a Él y yo me deleitaré en Él”**. Aquella luz que el Eterno Padre le comunicaba, y la sabiduría del Hijo y el amor del Espíritu Santo abrazado y derramándose en su alma.

Oh, Espíritu Santo, habla al mundo y éste será convertido en cenizas de amor... Habla a mi alma y se deshará en tu presencia. Pero no

hables al mundo porque no te escuchará; o mejor dicho no lo entenderá. Habla solo a los tuyos, para que se derritan en **tu amor**.

¡Oh, amados de mi alma! Qué alientos nos pone el Santo Padre en el alma y sin embargo: ¿por qué no viviremos esa vida? ¡Oh, Dios y Señor nuestro! qué terrible ceguedad la nuestra que no nos queremos encerrar en nosotros mismos y no admitir a Nuestro Padre Celestial que a todo trance quiere penetrar en nuestro seno, en lo más profundo de nuestra alma. Hagamos este propósito: **“Darnos de veras a Dios”**.

¡Oh, Dios y Señor nuestro! Deseando tener esa vida que Tú deseas en nosotros, te pedimos seas nuestro gozo para vivirte en Ti, amándote en la tierra. Y entonces nos llenarás de Ti mismo, si practicamos las virtudes y somos hijos de Dios en la tierra.

VIII

Vida admirable y muerte no menos admirable de la San Juan de la Cruz. Por la grandeza de sus escritos, podemos sondear algo de lo que fue su alma y su espíritu. Hemos convertido su enseñanza admirable con la sonrisa en los labios, y aún mucho más en el corazón.

Hemos visto al Místico Doctor como el encauzador de las almas hacia Dios. Su cuerpo está retiradico en Segovia; recibiendo el homenaje de sus pocos pero fervorosos devotos. El que fue el admirador de la belleza, de la luz y de la santidad, desde ese retiradico lugar guía a las almas a la más sublime belleza y al más levantado amor, que es el de Dios.

El tema que ahora nos ocupará es **San Juan de Cruz, prendado de la hermosura y del amor; de la luz eterna, se hizo todo hermoso, luciente y amable.**

Ya recordábamos antes la petición que el Santo Padre había hecho al Señor. Había ya sufrido de parte de los suyos y de Dios y había pedido al Señor esas tres gracias que le concedió. Iba a morir en sitio desconocido y siendo súbdito y a esto se iba unir la persecución; cosas que tanto espantan al corazón. Cuando en La Peñuela su queridísima soledad se siente tan en su centro, rodeado de sus frailecillos a quienes hace tan santos y quienes le quieren con toda el alma, el Señor dispone que la enfermedad se cebe en él y sale para Úbeda, sitio desconocido y sin amistades íntimas. A esto le une el Señor la tribulación interior; tal es el último toque que quiso darle en su último día; con cuya noche iba a dar comienzo para él su eternidad felicísima. En medio de esos dolores

y para hacérselos más llevaderos, quiso Dios Nuestro Señor inspirarles a los frailes que le dieran un concierto, pues tan aficionado era a la música. Le dieron el concierto, pero él no lo oyó; pues sus sentidos se suspendieron entrando en la contemplación de lo que tan dentro llevaba. Cuando le anuncian su muerte, prorrumpe en aquello del salmo: "Qué cosas tan agradables se me han dicho: iremos a la Casa del Señor". Le dan la gran noticia. Es un día de la octava de la Virgen y es sábado y a la hora de maitines; mirando en derredor de sí a sus religiosos, envuelto en la **luz indeficiente**, voló su alma al cielo.

A San Juan de la Cruz se le quiere quitar la penitencia, que en él es algo secundario; sin embargo algo esencial en su doctrina.

Es el medio para llegar al fin que se propone. No es el santo de la penitencia; pero sí podemos decir que la ha usado muchísimo. Pero hay cosas mucho más grandes en el Santo bendito: **El amor**. Ese es su fin; sólo y exclusivamente. Es el santo que canta como ninguno las armonías del Amor de Dios. Por eso admira la manera y traza que usa para transformar este mundo en Dios y todas las criaturas las sabe llevar a Dios.

Otra cosa que quieren quitar al Santo son sus "**nadas**". Alusión al gráfico del Monte que

él mismo escribió para sus monjitas a quienes tan íntimamente llevaba en el corazón. En el centro de ese monte, colocó él las cinco nada. Quienes las quieren borrar son espíritus ingenuos y un tanto cándidos. **Nada** es tanto como decir gracia del cielo, inspiración de Dios, hermosura, belleza; en fin el concepto más admirable que podemos tener de una cosa. Hemos nacido sin saberlo, pero caminamos hacia la Beatitud y la Sabiduría por excelencia, sabiendo lo que hacemos. Esa es la razón por la cual el Santo, mirando a su alrededor y no viendo sino vilezas en el hombre que se deja llevar de sus instintos (aunque él como hombre sea un rastro de Dios), dice **Nada**. Nada de estas oscuridades, nada de esto rastrero, nada de esto efímero que nos roba la atención de nuestras vidas. ¡Alto, oh, alma! Que vamos a la Luz, a la Bienaventuranza, al Amor, donde nos espera nuestro amorosísimo Padre Celestial, que a todo trance nos quiere llevar allí. Necesitamos pues, emprender el vuelo hacia arriba, mirando al cielo y solamente al cielo. E igual que cuando vamos a un sitio el camino no nos vale sino de medio para llegar al término de nuestro viaje y no se nos ocurre entretenernos en el camino; igualmente no nos podemos detener en las criaturas que sí nos llevan a Dios, pero tanto cuanto nos sirvan para nuestro fin.

Solamente nos es lícito servirnos de ellas como de peldaños en que nos apoyamos para ir a nuestro fin.

Y siguen presentándose al alma más criaturas; en primer lugar las flores de los sentidos, la soberbia humana, la honra, el querer ser tenido en mucho. Y el Santo que ve todo esto y mucho más dice: **“De esto: nada”**. Dejad, oh almas, eso e id a Dios. Y aunque se presenten al alma otras criaturas del orden superior, esto es espirituales; incluso bienes de los que se puede uno servir para id a Dios; pero nada más, es decir sin hacer asiento en ellos. Por ejemplo cuando el alma se ve fortalecida en la fe y vienen los regalos de la oración, las gracias gratis dadas. Son eso: dones gratuitos de Dios. Pero el Santo la dice: **“De esto nada”**. Vamos al sol de la Gracia y del amor. Pues en tanto nos detengamos en estos bienes que, aunque son del cielo, están en la tierra, no llegamos a Dios. Y a pesar de todas estas contrariedades, cómo se ensancha el corazón, pudiendo con toda verdad decir con San Juan de la Cruz: “Después que me he puesto en **nada**, hallo que **nada** me falta”.

Y todavía más, el alma siente los dones y frutos del Espíritu Santo y sin embargo dice el Santo: “Más arriba”. Hasta que conducida el alma a la cima donde está el silencio retirado,

la soledad sonora, el banquete perenne del Cordero de Dios. ¿Y puede darse concepto más alto que éste, de la santidad? Nada sí; pero de oscuridades, de temores; almas que se remontan como palomas hacia su Dios, con belleza e inocencia de amor.

Viviendo esta doctrina el Santo Doctor es como se dejó llenar de Dios, hasta no haber ya en sí. ¿Qué extraño es que tan admirablemente supiera cantar esos amores? Recordemos aquello:

“De paz y de piedad
era la ciencia perfecta
en profunda soledad
entendida vía recta;
era cosa tan secreta,
que me quedé balbuciendo,
toda sciencia trascendiendo”.

Y allí entró sin saber dónde se estaba...

“Yo no supe donde entraba
no diré lo que sentí
que me quedé no sabiendo
toda sciencia trascendiendo”.

¿Cómo iba a encontrar en la creación bellezas con que expresar la única belleza digna de

tal nombre? Ya nada. La noche oscura que por cierto él se había pasado a solas con Dios; sufriendo muchísimo y por lo tanto dejándose purificar en el mismo grado. Ha pasado todo aquello y ahora solo se siente íntimamente en la presencia del Ángel de la Guarda, de la Virgen Santísima y sobre todo del Espíritu Santo en lo más hondo del corazón. Estaba plenamente endiosado. Es una de las almas más bellas que por la tierra ha pasado. La Divina Escritura dice de los santos que se dedican en su vida a conseguir la belleza, la belleza perenne e inmarcesible.

Es el santo que se ha enamorado tan locamente de la suma belleza que tras ella ha corrido velozmente sin detenerse absolutamente en **nada**. Por eso ha podido decir a la fe que refleja en sus ojos como fuentecica que mana y corre. Aquel cantar a la blancura de Dios, reflejada admirablemente en las almas puras o purificadas por la penitencia; almas ofrecidas a Dios como víctimas de expiación por sus hermanos los hombres.

Gocémonos Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado
donde mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura”.

Y continúa el Santo diciendo más todavía:

“Y luego a las subidas
cavernas de la piedra nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos,
y el mosto de granadas gustaremos”.

Lo que no ha podido soñar ningún poeta y menos aún cantarlo, lo ha trasladado el Santo Místico a la poesía. Y canta y siente en sus poesías la belleza del Padre Celestial.

¡Oh, Santo bendito! Hoy estás lleno de la belleza de Dios, alcánzanos que nuestra alma también lo esté y que cante contigo esta belleza por las virtudes, por la perfección de nuestra vida.

POESÍA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Glosa "a lo divino"

*Por toda la hermosura
nunca yo me perderé
sino por uno no sé qué
que se alcanza por ventura.*

1. Sabor de bien que es finito
lo más que puede llegar
es cansar el apetito
y estragar el paladar;
y así, por toda dulzura
*nunca yo me perderé
sino por un no sé qué
que se halla por ventura.*
2. El corazón generoso
nunca cura de parar
donde se puede pasar,
sino en más dificultoso;
nada le causa hartura
y sube tanto su fe
que gusta de *un no sé qué
que se halla por ventura.*
3. El que de amor adolece,
de el divino ser tocado,
tiene el gusto tan trocado
que a los gustos desfallece,
como el que con calentura
fastidia el manjar que ve
y apetece *un no sé que
que se halla por ventura.*

Enseñanza sobre las virtudes

NOTA.—Las citas de los textos sanjuanistas de estas meditaciones, el autor las tomó imprecisas de la edición crítica de la Obras completas del Santo por el P. Gerardo. Toledo 1912. Las publicó en la novena al Santo. Segovia 1930.

1.—PRÁCTICA Y DOCTRINA SOBRE LA HUMILDAD

Conocida es y de todos muy admirada la humildad, que continuamente brilló en la vida y acciones todas de San Juan de la Cruz; humildad se ve en sus manifestaciones personales, en el menosprecio de su estimación y honra, en el modesto trato con los demás y mayor aún en el trato íntimo con Dios en su oración continua.

Aquí en Segovia pidió al Señor —con la convicción cierta de haberlo obtenido— que le menospreciasen los demás e hiciesen sufrir.

Un día una Dignidad Religiosa, en Granada, creyó humillarle diciéndole debía ser hijo de un pobre campesino, pues tanta admiración sentía por el campo; humillóse más el Santo añadiendo sumiso que aun de eso no había sido digno, sino que había nacido de un pobre tejedorcillo, dejando, con tan humilde respuesta, lleno de confusión y admiración al Prelado.

Un muy grande gozo sentía al presentarse delante de los ricos y sabios de Granada y otros puntos donde le tenían en gran concepto y alta estimación, acompañado de su hermano pobre y pobremente vestido para que todos vieses y palpasen que también él era de muy pobre familia, y decíales con ternura ser aquella la

prenda que más amaba y estimaba en la tierra; y que estaba de sencillo trabajador para ganar de comer, pues no tenía nada.

Su mismo talento, tan maravilloso y cultivado como lo comprueban la Iglesia declarando al Santo Doctor y lo soberano de sus escritos, le ocultaba diariamente, y como si fuese el más ignorante e incapacitado en las letras, trabajaba de ayudante de albañil entre los demás obreros en sus conventos sin avergonzarse de que le viesan en este trabajo cuando le visitaban, antes gozándose grandemente en ello, como si para otra cosa no sirviese.

Toda su vida fue de humillación; y hasta en sus últimos instantes, no sus virtudes, sino la misericordia del Señor con la que esperaba salvarse, quería le recordasen.

Y escrito nos dejó: “Sepa el buen espiritual que cuanto más se aniquilare por Dios... tanto más se une a Dios... Y cuando viniere a quedar resuelto en nada, que es la suma humildad, quedará hecha la unión espiritual entre el alma y Dios, que es el mayor y más alto estado a que en esta vida se puede llegar”. (Subida, libro I).

Y donde totalmente retrató su persona y la humildad que había practicado durante su vida fue en estas palabras, conque resumió la manera de alcanzar pronto la santidad y nos dejó escritas en sus obras: *“Procurar obrar, hablar y*

pensar muy bajamente de sí y en su desprecio, y desear que los demás lo hagan también" (Subida. Lib. II).

No el talento, no la fama ni la honra, sino la virtud y sacrificio procuró perfectamente alcanzar.

2.—PRÁCTICA Y DOCTRINA

PARA ALCANZAR LA PERFECCIÓN

No menores dificultades experimentó San Juan de la Cruz para alcanzar la perfección que las que experimentamos todos en esta vida, antes mayores y mas fuertes pruebas; pero venció en todo momento en él la inspiración de la gracia y el llamamiento de Dios en el silencio de su alma, sobreponiéndose ecuánime y determinado, con la sonrisa en los labios, a todo cuanto le impedía abrazarse con esa perfección que el Señor de él quería y le mostraba hermosa con la aureola del amor, pero detrás de espinas y crueles sufrimientos.

Tan alto concepto tenía formado del agrado tiernísimo y gloria inmensa que Dios recibe con la perfección de cada alma, que solía repetir a los suyos: *"da más gloria a Dios una sola alma llegada a la perfección y santidad, que miles de las que están en gracia y le sirven, pero*

con cierta remisión y negligencia; y quien no pone todo su esfuerzo en conseguirla roba esa gloria a Dios y Dios le pedirá cuenta de ella; y que "más grande obra hace Dios en santificar un alma, purificándola de sus faltas hasta perfeccionarla, que en crearla de la nada". (Subida Lib. I. Cap. IV).

Movido de esta tan excelsa verdad, siempre, desde su juventud, buscó esa perfección y ya en el Noviciado y Colegio de Carmelitas de Salamanca se distinguió, por su fervor y sacrificio, entre todos. Más adelante, en el principio de la Reforma, ese fervor y penitencia rebasó todo límite; las gentes sencillas de los pueblos cercanos a la casa pobre de Duruelo, le admiraban y alababan llenos de extrañeza ante la virtud, pobreza, retiro, oración ferviente y desinteresado celo de aquella alma, que entre ellos vivía y por la presencia de Dios y algo como sobrenatural, que la pureza de sus obras reflejaba.

Pasando los días, cuando sintió la más penosa y dura persecución de personas religiosas y muy santas, que le aconsejaban desistiera de la vida tan rígida que había empezado, y amenazaban, de no hacerlo, con dura cárcel, no vaciló, y la sufrió en Toledo muy cruel y estrecha; y sintió la fiereza de manos que debían serle cariñosas y sufrió en su fama; pero lejos

de abandonar su empresa de llegar a la perfección, abrazó cariñoso eso mismo para conseguirla más perfecta y vivió vida de oración y vida de cruz siempre con el corazón y la consideración puestos en Dios.

No otro deseo sentía en su retiro del Calvario, en las penitencias de la Peñuela y en la oración y abstracción de Segovia. ¡Dar a Dios la gloria más grande que el hombre le puede dar siendo perfecto!.. !A aquel Dios amoroso, a quien veía dentro de sí, sentía en la belleza de la creación y que miraba suplicante y dolorido desde los clavos de la Cruz pidiéndole amor, penitencia, santidad!..

Y el Santo se ofreció todo a aquellos ojos amorosos con la más grande voluntad y abnegación envuelta en los afectos más fervientes que admiramos en sus escritos; y se ofreció también para que las almas todas procurasen esta perfección y Dios fuese glorificado en la santidad de todos.

Comprendía que “cuando alguna alma tiene algo de solitario amor, grande agravio se le haría a ella y a la Iglesia si, aunque fuese por poco espacio la quisiesen emplear en cosas exteriores”.

3.—PRÁCTICA Y DOCTRINA SOBRE EL AMOR DE DIOS

De entre todas las cosas que más admiraron cuantos trataron y vivieron con San Juan de la Cruz, fue el grande amor de Dios que en todas sus acciones manifestaba y la amenidad, atractivo y regalo con que de este divino amor hablaba.

Este fuego de amor, que en todo ponía, conseguía suavemente comunicarlo a todos y en él los inflamaba hasta el extremo de no reparar en trabajo ni sacrificio para conseguirlo; porque “al fin, para este fin de amor fuimos criados” (Cántico, XXVIII).

Muchos hechos de su vida y testigos presenciales así lo confirman.

La Madre María, Carmelita de Granada, expone que parecía pegar fuego en el corazón e inclinaba y ponía una determinación confiada e inexplicable para la virtud; en esa misma ciudad, como en otras varias, salían las religiosas de oírle tan enfervorizadas y heridas o del amor de Dios o de la contrición por los pecados contra Dios, que cada una se escondía para mejor desahogar el corazón a solas con su Dios en lágrimas o afectos, en súplicas, propósitos y ofrecimientos. En las pláticas que hacía a las religiosas lo hacía con tal fervor y espíritu, que frecuentemente quedaba arrobado.

No sólo en sus pláticas; en las recreaciones mostraba aún más este amor, y en lugar del esparcimiento de los sentidos, procuraban todos desocuparse para no perder palabra de aquella santa boca, que con tan regalada dulzura hablaba de Dios, amenizando y santificando la conversación y tiempo de recreo; ninguno quería otra diversión, y todos terminaban llenos de alegría, con mayores propósitos y más encendidos afectos que si estuvieran solos en atenta oración.

Un hermanito donado nos dice en su sencillez que, cansado y con buen hambre se sentaba, después del trabajo y servir a los religiosos, y prefería, aún así, quedarse a medio comer para no perder el deleite íntimo y aprovechamiento singular que sentía oyéndole en estas recreaciones.

No menos admiraba ver cómo el cielo aprobaba aquella palabra regalada de amor haciendo que de sus labios saliesen visibles rayos de luz con dirección al pecho de cada uno de los religiosos, donde, como penetrados, terminaban.

Dios ungió maravillosamente con el bálsamo del divino amor sus labios puros.

La rica señora doña Ana de Peñalosa le siguió desde Granada y puso su casa en Segovia, junto al convento, para no perder tan-

to bien como recibía de la doctrina y ejemplo del Santo; y un compañero decía le seguiría hasta tierra de turcos para no apartarse de su santa y amable compañía.

El Santo, abrasado en amor, pegaba amor; pero este puro y encendido amor lo recibió después de purificado por las asperezas de la penitencia. Dios vino todo hasta él y le envolvió en las regaladas llamas de su infinito amor cuando le vio vaciado y libre de apetitos y aficiones a las criaturas; “y disponen a esta unión y transformación de amor en Dios... la pureza y amor, que es desnudez y resignación sólo por Dios... y según la pureza será la ilustración, iluminación y unión del alma con Dios”. *Dios se comunica más a quien “más aventajada está en amor, y esto es amor de Dios: inclinarse a escoger por Cristo todo lo más desabrido, ahora de Dios, ahora del mundo en negación de espíritu pobre de Cristo y negación de sí mismo”* (Subida, Lib. II); que el amor, dice el Santo, es muy suave, pero está escondido en la médula de la Cruz, y quien no se abraza con ella no puede conseguirle.

No menos contribuyó para obtener este amor santo, la continua comunicación con Dios; puesto un día delante del Sagrario, vióle una religiosa rebosar de gozo y preguntándole después la causa, juntando el Santo admirado

las manos respondió: "¡Oh hija, cuán buen Dios tenemos, cuán buen Dios!".

Dios regaladamente se le había comunicado.

Todos sus actos de aquí recibían la vida del cielo que en ellos se reflejaba.

4.—PRÁCTICA Y DOCTRINA SOBRE LA PENITENCIA

San Juan de la Cruz ha sido estimado como el ideal de la penitencia; pero de la penitencia más perfecta; y en verdad lo fue.

Durante los años de sus estudios tenía admirados a sus compañeros de la vida tan sacrificada que llevaba, y ellos no veían más que lo muy poco que no podía menos de traslucirse contra el deseo del Santo; ¿quién podrá ocultar los rayos todos del sol?; pero lo más grande del sacrificio sólo Dios y los ángeles lo conocían.

Y cuando emprendió en Duruelo la grande obra de la Reforma, la misma Santa Teresa temió, nos dice ella, no acabaran los rigores de la penitencia con una vida tan útil y tan santa, y le rogaba un poco de suavidad en aquel rigor para consigo mismo; pero jamás de este rigor se dispensó, antes le fue acrecentando sin medida según corrían los años.

Bien prueba esto aquel caso, sólo por la enfermedad descubierto, con harta confusión suya. Como el Hno. Martín, a quien mucho amaba el Santo, hubiera de curarle prontamente, vio tenía una cadena con puntas bien clavadas en la carne, y que no pudo quitarle sin que con ella saliese sangre y aún carne; con la cadena así clavada había vivido y con ella dormía desde Dios sólo sabe qué tiempo antes, y sin que mostrase en nada tal sufrimiento, sino que buscaba aún y se imponía otros mayores dolores y sufrimientos.

¿Quien podrá decir lo que en la celdilla de Toledo –cárcel estrecha y sin luz– sufrió y lo que en el desierto del Calvario y Peñuela se impuso?

Y no fue la mortificación dolorosa de su cuerpo la principal. Lo que distingue al Santo sobre todos es su enseñanza de continua negación de todas las cosas y de sí mismo; el contradecir, hasta hacerla desaparecer, la más pequeña afición o apego de cualquier querer o propia voluntad llegando a no tener otra voluntad que la de Dios; *es la penitencia interior y espiritual del propio vencimiento* la que caracteriza la enseñanza del Santo; penitencia la más grande y perfecta y también la más difícil; la corporal es necesaria para llegar a esta espiritual; sin ésta, dice enérgicamente el

Santo, sería la corporal penitencia de bestias; ésta es la de los hijos de Dios y que a Dios nos une.

“Es harto de llorar la ignorancia de muchos, que se cargan de desordenadas penitencias y de otros muchos desordenados ejercicios... voluntarios y pensando que solos ellos, sin la mortificación de sus apetitos... han de ser suficientes para venir a la unión de la Sabiduría Divina. Y no es así si con diligencia ellos no procuran negar estos sus apetitos... Si tuviesen cuidado de poner siquiera la mitad de aquel trabajo en esto, aprovecharían más en un mes, que por todos los demás ejercicios en muchos años” (Subida, lib. I).

Su gloria era vivir en la Cruz; por eso la tomó de sobrenombre y miraba regocijado las cinco llagas, que tras muy intensos dolores y de haber sufrido gozoso acerba amputación, le quitaron la vida.

Sabía, y nos enseñó, que no se puede crecer en el amor de Dios, si no por el dolor y mortificación, y muchos “piden a Dios les traiga y pase a este estado de perfección; y cuando Dios quiere comenzar a llevar por los primeros trabajos y mortificaciones, según es necesario, no quieren pasar por ellas y hurtan el cuerpo y así no dan lugar a Dios para recibir lo que le piden” (Llama, c. 2.^a).

El amor siempre es activo y, deseando crecer, desea también más padecer y ponerse en la Cruz para subir y estar mas cerca de Dios. Por falta de este deseo exclama el Santo apenado: "¡Oh almas! Si supieseis cuánto os conviene padecer sufriendo para venir a esa seguridad y consuelo"...

A un religioso dirigido suyo que le pedía acortase la penitencia para no acortar la vida le dijo: aunque alguno confirme esa doctrina con milagros no le crea; porque Cristo está en la Cruz y sólo llegaremos a Él por el dolor y Cruz.

5.-PRÁCTICA Y DOCTRINA SOBRE LA VIRTUD DE LA FE

Con hechos milagrosos confirmó el Señor la Fe grande que en Él tenía San Juan de la Cruz y la ilimitada confianza, nacida de esa Fe, que en Dios había puesto.

Viviendo en el convento de los Mártires a la continua escasez y pobreza sucedió un día en que sus religiosos no tenían nada con qué alimentarse; rogándole ellos les dejase salir a pedir, les disuadía aconsejándoles que permaneciesen allí en su retiro con Dios y muriesen delante de Él si fuese necesario; pero que no

saliesen y confiasen, Dios les socorrería; y no tardó Dios en socorrerlos.

Bien conocido es el caso del Calvario en que retiráronse los religiosos sin tomar otro alimento que el de su fervorosa palabra, por no haberlo; cuando, al poco tiempo, fue a entregarle el portero una carta recibida, encontró al Santo en oración en su celda; al leerla San Juan de la Cruz prorrumpió en tiernas lágrimas y creyéndose el Hermano sería por la noticia de alguna desgracia, al intentar consolarle, le dice el Santo: “No lloro por eso: lloro porque el Señor nos ve tan flacos en la Fe, que no ha querido llegue la prueba ni a un solo día; aquí, con esta carta, nos envía el socorro”, ¡Oh Fe no conocida la tuya! ¡Oh Varón excelso! ¡A quién jamás, o cuándo se ha visto llorar por recibir el necesario socorro como a Ti!.. ¡Cuánto no te acrecentaba esto en la Fe misma y en el amor confiado en Dios!..

Pero donde el Santo practicó y enseñó cosas nuevas e inspiradas sobre la Fe, fue en la vida interna de las almas, donde radica hermosa la verdadera santidad y el amor de Dios!..

Más grande que arrojando demonios de algunos posesos, como arrojó, mayor que resucitando muertos como él resucitó o sanando con su saliva la pierna rota de un Hermano donado, se muestra su Fe en las desolaciones

terribles del espíritu y en las horrendas pruebas interiores porque Dios le hizo pasar para purificarle; y seguro pasó, y salió purificado y como divinizado, guiado por la claridad de una ciega y abnegada Fe.

Por que la Fe, según su doctrina, es la luz brillante que nos enseña a buscar a Dios en Dios mismo; no buscando los gustos o sensibles fervores que en la oración, práctica de virtudes y acciones buenas puedan enternecer el alma, sino únicamente buscando y pretendiendo el agrado y la voluntad de Dios; y este es el verdadero amor; así, la obscuridad de la Fe da mas luz que toda la ciencia, y más esfuerzo y seguridad que los más tiernos fervores.

6.—PRÁCTICA Y DOCTRINA SOBRE LA SANTA ESPERANZA

Nunca por su deseo deja el Señor de comunicar sus bienes a las almas; quien lo impide suele ser la falta de preparación de las mismas almas; por eso San Juan de la Cruz ponía todo su esfuerzo en prepararlas con una perfecta abnegación en la voluntad de Dios y un generoso y humilde desprendimiento de las cosas creadas; admirable es la doctrina y seguridad que en esto pone: “Y llegando, dice el Santo, a

estar vacía y desapropiada de todas las cosas, que es... lo que puede hacer el alma, es imposible, cuando hace lo que es de su parte, que Dios deje de hacer lo que es de la suya en comunicársele a lo menos en secreto silencio. Más imposible es esto, que dejar de dar el rayo del sol en lugar sereno y descombrado; porque así como el sol está madrugando para entrar en tu casa, si destapas la ventana para entrar, así Dios... entrará en el alma vacía y la llenará de bienes divinos" (Llama, c. 3.^a).

Alma que esto ha conseguido, vive en una tan serena y amorosa esperanza que nada podrá perturbarla, convirtiéndose a la vez, en dichosa morada donde Dios se complace en habitar.

Esta es la causa productora de la grande admiración que todos los biógrafos del Santo muestran por la inalterable y serena dulzura que en toda ocasión, favorable o adversa, y en toda apretada necesidad o prueba, en su rostro y aspecto, como rayo acariciador de luz, se reflejaba.

Esperaba tan confiado en el Señor el socorro cierto en las necesidades materiales que ni el más duro extremo le hacía vacilar, hasta ver, si era necesario, el milagro paternal de Dios amoroso. En sus fundaciones, como en Granada, viéndose sin cosa alguna, ni para la

sustentación, y todos los horizontes cerrados para el socorro, muy lejos de pedir a los vecinos de la ciudad, aconsejaba a sus religiosos se abrazasen gozosos con la pobreza amable y su única confianza estuviese en Dios, y jamás dejó Dios frustrada su esperanza.

En Él confiaba cuando, aunque agradecía, no admitía más dádivas que las estrictamente necesarias, como en Baeza; y cuando, durante el año de la carestía, abrió caritativo y magnánimo la puerta de su convento a los pobres, dándoles lo que no tenía y viendo, con admiración de todos, siempre sin disminuir y crecientes, por milagro grande, sus pequeñas provisiones.

Decía que los conventos de Carmelitas Descalzos debían ser de *Esperanza en Dios*.

¡Cuántos milagros no hizo con esta esperanza confiada!.. Su misma santidad, nos dice en una hermosa poesía, que fue milagro de esta esforzada y confiada esperanza en Dios; “porque esperanza del cielo tanto alcanza cuanto espera”.

Él nos enseña también que el alma, para llegar a esta gran virtud, ha de vaciarse de las cosas creadas y entonces viene Dios inefable al centro del alma y la llena toda; y un alma que de esta manera está delante del Rey de los cielos con vestiduras, cetro y anillo real, de mano

del mismo Rey recibidos, “todo lo que quiere alcanza” (Llama, c. 2.^a).

¡Oh alma verdaderamente real y hermosísima de San Juan de la Cruz!

Te contemplo leyendo los secretos escondidos de las almas a quienes dirigías en la virtud; transfigurado y rodeado de luz durante el tiempo en que decías la Misa y Dios te comunicaba su voluntad y llenaba de gracia; mirando resignado y humilde al cielo cuando Dios purificaba tu alma en la negra desolación o prueba dura; calmando la tormenta entre granizos y lluvias sin mojarte o deteniendo, con tu presencia, voraz fuego sin que las llamas que te rodeaban se atreviesen a menoscabar tu vestido ni pasar adelante; y todo por aquella esperanza amorosa y confiada en el Señor; esperanza que te hacía clamar y derramar tiernas lágrimas, delante del tabernáculo, al Amor, y esforzarte en el divino servicio estrechando y besando la Cruz.

7.—PRÁCTICA Y DOCTRINA SOBRE EL APOSTOLADO DE LAS ALMAS

No ha sido considerado San Juan de la Cruz, como alma apostólica, que busca las almas para Dios y trabaja en su conversión,

cuanto debiera serlo; pues harto merecedor es de ello.

Su vida nos refiere las celosas predicaciones en todo a semejanza de los Apóstoles: cuando estando en Duruelo, salía a pie descalzo por los pueblecitos a predicar y enseñar, y ya ejercido con altísimo amor su ministerio, sin tomar descanso ni alimento, o solo un mendruguillo de pan que llevaba para refección de retorno en el camino, volvía a retirarse a su conventito, “y era harto el bien que en aquella comarca hacía” dice, Santa Teresa, recibiendo ella con esto un no pequeño contento; las gentes todas estaban enternecidas y compungidas de aquel santo religioso, cuya vida y santidad veían y no cesaban de admirar y alabar.

Y esta vida santa, nos dice el Santo, es muy esencial en el apostolado; “porque ordinariamente es el fruto en las almas cual la disposición de parte del que predica y el predicar más es ejercicio espiritual que bocal” como lo era en Nuestro Señor Jesucristo (Subida, Lib. III).

Pero en otros dos más fecundos, difíciles y perfectos apostolados se distinguió como muy pocos; trabajó con entusiasmo e infatigable celo, por hacer almas santas y perfectas; jamás le detuvo en este apostolado, ni crudeza de tiempo terrible, ni dificultad de elementos adversos; y a muchas almas ponía, con su pala-

bra de ángel, fuego en el corazón y alientos grandes en la voluntad combatida; los demonios, como vio un alma santa, huían a esconderse de su vista y temblaban arrinconándose, para que no les viese cuando desde el confesionario levantaba el Santo los ojos.

Varios hechos sabemos en los que el poder del celo apostólico de San Juan de la Cruz se manifiesta como algo extraordinario concedido por el cielo a su palabra: unos en el momento más difícil, por estar bajo el ímpetu de la pasión y determinados a cometer el pecado, volvían al arrepentimiento antes de cometerlo, o en el momento mismo al oír la palabra persuasiva y paternal del Santo amonestándoles; era tan penetrante y conmovedora la impresión causada, que una mujer nada recatada y sensible a quien reprendía, cayó como muerta largo rato, y cuando volvió en sí, emprendió tal vida que se hizo notable en todo Córdoba.

Este celo santo de que las almas subiesen generosas a las alturas de la perfección, movió su voluntad como refiere él mismo, para escribir sus libros, por ser muy necesario enseñar los secretos de la perfección a las almas y haber muy poco escrito sobre ello; por esta causa no llegan muchas almas a la hermosa y alta cima de la perfección que el Señor las señalaba. ¡Y cuántas almas no se han santificado y continúan

santificándose con esos celestiales escritos, y qué amor tan seráfico no encierran sus afectos!

Pero sobre todo se distinguía San Juan de la Cruz por lo que él llamó el *amor solitario clamando escondido en oración y penitencia al Señor*, y es donde las almas se conquistan y ganan para el cielo y se alcanza de Dios la gracia de que se conviertan; movido de esto repetía que “más bien hace a la Iglesia un alma con este amor que muchos predicadores; y mas harían ellos con una obra procurando más oración, que lo que hacen con muchas guiados de la propia actividad”; enseñanza suya es muy singular que da más gloria a Dios un alma perfecta que miles de las que viven en gracia pero sin ese deseo ni perfección y suplicaba no quitasen esa gloria a Dios. (Cántico, canción XXI).

A este apostolado consagró los últimos años de su vida persuadido como estaba y solía repetir que la obra más grande es la de coope-
rar a la salvación y santificación de las almas (Dictamen X).

8.—PRÁCTICA Y DOCTRINA SOBRE EL AMOR DE DIOS

Tan perfectamente llegó a vivir San Juan de la Cruz con altísimo espíritu de amor, de santidad, de presencia y recuerdo amoroso de

Dios, que enseñó los más inefables actos de la vida sobrenatural cuando expresaba de este modo lo que en sí sentía y veía: el amor “hace vivir al alma en Dios y vivir vida de Dios”, y “la está dando vida eterna, pues la levanta a operación de Dios” y “merece más en un acto de amor de éstos el alma y vale más que cuantos había hecho toda la vida sin esta transformación en Dios” (Llama, c. 1.^a).

Pero mucho tuvo el Santo que trabajar de su parte y mucho que esperar de Dios y en Él confiar lleno de viva Fe hasta llegar a tan grandísimo y deseado amor.

En su vida leemos como se daba todo a la oración. Santa Teresa refiere de él que en Duruelo, después de los Maitines de media noche, ya no se acostaba, sino quedaba en oración hasta el nuevo día; horas interminables de día, y aún de noche, pasaba con su Dios en la Peñuela alrededor de la fuentecica hermosa de árboles; los religiosos, al verle tan largo y continuo tiempo y tan absorto ante el Santísimo en Segovia, le aconsejaban muchas veces se retirase, y él decía que allí estaba y encontraba su vida y su alimento.

Esta continua oración y la no menos continua penitencia y vencimiento de sí mismo le hicieron apto para recibir tan intenso favor y amor de Dios como todos admira-

mos, cumpliéndose en él lo que había enseñado (Llama, c. 1.^a).

Cuando salía por los campos a sus solas, dejaba exhalar el ardor que en su pecho encerraba en tiernísimas exclamaciones a Dios y aun a las mismas criaturas, imágenes de Dios; y como el amor, escribe él, es siempre activo y cuanto más crece de más actividad goza, cada día fue mayor su constancia y crecía más en la caridad, en las virtudes, en el esmero con que en todo hacía la voluntad de Dios.

En sus últimos años era tal su vida en Dios, que más parecía de cielo que de tierra; una religiosa dice que le infundía tal respeto cuando le miraba, que a nadie podía compararlo; porque veía en él algo sobrenatural que le dulcificaba y espiritualizaba; él mismo dijo, cuando en Segovia vivía, que tenía que hacerse violencia para atender a las conversaciones y negocios de quienes con él estaban y trataban, y dejar la conversación y mirada interna que le abstraía y sacaba de sí; y todas sus obligaciones las veía y recordaba en Dios.

Con esa vida íntima pudo bien describir “las asomadas de gloria y de amor que Dios comunica a tales almas”, “y que la muerte de ellas no es sino por algún ímpetu y encuentro del divino amor” (Llama, c. 1.^a).

¡En verdad eres, oh Santo bendito, el Santo del amor, el Santo de la celestial dulzura, de la plácida alegría, del fervor y perfección acabadas!

Quien así no te ve, no te conoce ni conoce tu ternura; en todo pusiste amor del cielo y en todo encontraste y recogiste intenso y vivo amor de Dios, y “traías en el paladar de tu espíritu un júbilo de Dios, como un cantar siempre nuevo, envuelto en continua alegría y en amor y en reconocimiento de tu feliz estado” (Llama).

¡Oh Dios mío! ¡Enciende en mí este tu amor! ¡Señor mío! Yo quiero amarte como San Juan de la Cruz te amaba y como él quiero servirte y hacer en todo tu santa voluntad, que es el único camino que conduce al verdadero amor donde el alma repite:

Ni ya tengo otro oficio
Que ya sólo en amar es mi ejercicio.

Hace tal obra el amor
Después que le conocí
Que, si hay bien o mal en mí,
Todo lo hace de un sabor
Y el alma transforma en sí.

9.-PRÁCTICA Y DOCTRINA SOBRE EL CELO DE LAS ALMAS PERFECTAS

Consagróse San Juan de la Cruz, en especial los últimos años de su vida, a procurar la perfección de las almas buenas, y con verdad se le ha llamado *Apóstol de Apóstoles y Formador de perfectos*.

Dióle el Señor muy especial gracia para ello.

Conocía sobrenaturalmente por donde quería Dios fuese y se ejercitase cada alma; viendo en Dios lo íntimo de las mismas almas y su estado, las daba y enseñaba el consejo mas adecuado, preciso y fervoroso para cada una. A cuantas dirigía, de tal manera guiaba en las virtudes y ejercicio de oración y amor que, muy en breve, terminaban todas por desear ser completamente de Dios en el heroísmo de una virtud y amor constantes, renunciando a su propio querer y, en brazos de la abnegación y ofrecimiento continuo y efectivo a Dios, no tener otra voluntad que la de Dios mismo; ni otro objeto de su amor, ni otro modelo que imitar que el de Jesucristo .

La santidad perfecta es el abrazo o unión del alma con Dios en amor; o de otra manera: es el cumplimiento pronto y constante de la voluntad divina que transforma el alma en Dios.

¿Pero cómo llegar a esta transformación y unión con Dios?

Era la especial gracia que el Santo tenía en enseñarla y comunicarla.

No se contentaba con estimular a la perfección y santidad pregonando su grandeza y hermosura y repitiendo aquella verdad tan hermosa y alentadora que Santa Teresa tenía empeño en extender y ya vimos. Un alma perfecta no sólo lleva consigo otras muchas a Dios, sino le da ella sola más gloria que miles de almas en estado de gracia, pero sin haber llegado a tanta perfección y el que no desea vehementemente esa perfección, es responsable de la gloria que quita a Dios infinito y amoroso. Quería envolver al alma en la misma suavísima luz, hermosura y amor de Dios, para que así envuelta e iluminada no apartase más su vista de tan bello resplandor y dulcísimo encanto.

Preguntaba un día a una religiosa Carmelita en Beas en qué oración al presente se ejercitaba, y cuando oyó que en mirar la infinita hermosura de Dios, recibió muy grande gozo; porque era, añadió, el mejor medio de unir el alma al mismo Dios.

Después de la abnegación y desasimiento de las cosas para poder comunicar con Dios en el silencio del alma, deseaba se ejercitasen en mirar y tener presente a Dios dentro de sí

mismos y estársele ofreciendo y dando gracias o por medio de jaculatorias o por la comunicación callada de la voluntad, que le mira en amor y reconocimiento; y en esa oración pasasen su vida y en esta mirada, que él llamaba *mirada afectuosa de ofrecimiento*, viesen la voluntad de Dios siguiéndola siempre con prontitud y todo afecto y voluntad, viviendo “como en respiro suave de amor y vida de espíritu” (Llama, c. 3.^a).

Así ha de prepararse el alma para recibir la comunicación íntima con Dios.

Era en él como un adagio que resumía su enseñanza el decir: “*ponga amor donde no hay amor y encontrará amor*”; haga todos sus actos hasta los más desapercibidos e indiferentes, con grande espíritu de Dios y encontrará en ellos, benignísimo y amoroso, a Dios.

¡Y qué grandes cosas comprendía aquí el Santo!..

Porque, aunque es cierto que la oración sobrenatural no puede producirla en sí el alma, sino ha de recibirla de Dios, pero debe disponerse para recibirla y se dispone “haciendo actos interiores y aprovechándose del sabor y jugo sensitivo en las cosas espirituales; porque cebando el apetito con sabor de las cosas espirituales se desarraiga del sabor de las cosas sensuales y desfallece en las cosas del siglo” (Llama, c. 3.^a).

Dispuesta así el alma, Dios se comunica a ella en la *noticia amorosa* donde el mismo Dios como que se graba en el alma y anda siempre amoroso y hermoso ante los ojos del alma y “no es posible que esta altísima sabiduría y lenguaje de Dios, se pueda recibir menos que en espíritu callado y “un poquito de esto que Dios obra en el alma en este santo ocio y soledad, es inestimable bien... más que el alma ni el que la trata pueden pensar” (Llama, c. 3.^a).

Aquí ya el alma recogió el amor que puso; aquí ya envuelta en amor no ve si no amor, y ama en Dios y con el mismo amor de Dios, y se goza en la hermosura de Dios que en sí siente; aquí el alma sale como de sí y de todo lo creado y su solo deseo es Dios y, en acto de amor, merece infinito premio.

¡Oh alma dichosa la que aquí llega! ya el amor del cielo la ha dado una vida nueva y un gozo nuevo y el agua de la vida regala su paladar; a esta vida y a este amor quería y hacía San Juan de la Cruz llegasen sus dirigidas; por esto se esforzaba y en ello ponía todo su abrasado celo.

La soledad y las nada de San Juan de la Cruz ponen al alma en la unión de amor *

Se considera a San Juan de la Cruz como el escritor ascético y místico más consecuente con los principios evangélicos, fundamento de esta ciencia, que sigue sin vacilar hasta las últimas consecuencias. Y como los principios son sobrenaturales y de luz, resulta toda su doctrina de claridad y de cielo. Escribe apoyado en la fe, y la fe es la guía de su razón; por esto su razón sube tan alta y tan segura en todas sus afirmaciones y sale siempre más hermosa y brillante de todas las dificultades hasta llegar al abrazo de su Amado Dios y recibir efusiones nunca soñadas y regalados anticipos de cielo.

* Este artículo hace el capítulo 24 del libro del P. Valentín "Al encuentro de Dios", 2.^a edic. 1979. También los capítulos 23 y 25 del mismo libro tratan de la soledad y nada del Santo.

Todas las obras del Místico Doctor tienen por argumento la soledad de criaturas y la compañía amorosa de Dios. Cuanto la soledad de las criaturas sea más perfecta, la compañía y la intimidad amorosa de Dios será más íntima y más tierna y el alma se sentirá más llena de Dios. La soledad se transforma en luz y en delicia de ángeles.

Entiende San Juan por soledad espiritual no sólo el retiro y silencio de los lugares y de los hombres, ni sólo el renunciar a los bienes materiales y a las comodidades, sino principalmente el quitar todo apetito y todo afecto corporal o espiritual no ordenado, dejando al alma sola, vacía, alejada de todo lo que no es luz, verdad y hermosura, poniéndola limpia, bella, transparente y apta para ser transformada por las maravillosas manos de Dios, después de bien purificada y preparada en la luz y hermosura infinita e indeficiente de Dios, sintiéndose como divina por el amor.

Este es el vacío del corazón que Dios llena de cielo; esta es la senda de las nada terrenas que dan la posesión del todo infinito y dichoso. Cuando el alma se ha vaciado perfectamente y puesto en nada en la soledad espiritual y santa, Dios la llena, la comunica su misma vida de amor y santidad y encierra en su corazón el tesoro inefable del cielo.